

CARTAS DESDE MADRID

Luis J. García Bandrés

De las manos de Goya debieron salir tantos escritos como cuadros. Remitente o destinatario, no toda la abundante correspondencia que hace referencia a pasajes de su vida se ha hecho pública. No obstante, la que se conoce, conforma un cuantioso y cualitativo documento imprescindible para conocer sus andanzas y su carácter.

Aunque parezca obvio, merece la pena considerar lo que una carta significaba en la España del siglo XVIII. Ni teléfonos, ni radios, ni televisores, el ruido de la casa generalmente era el ruido de la calle. La carta era el medio más rápido de romper la distancia y mantener una comunicación necesaria e imprescindible cuando se trataba de luchar en un mundo tan altamente competitivo como el de ahora mismo. Y Goya compitió con todas sus fuerzas. Diligencias. Escribanos para ciertos documentos oficiales...

Durante más de cuarenta años -la mitad de su vida- la sordera hizo que el ruido de la casa de Goya fuese el ruido de su cabeza. Un ruido que solo alteraban la escritura y la lectura de las misivas que enviaba o recibía. Y hasta podría hablarse de una periodicidad proporcional a la relación con el destinatario. A los muy amigos, una o dos cartas por semana. Para el negocio, una al mes, aunque dependerá de la urgencia y garantías que le busque al encargo. Más perezoso parece mostrarse con la familia directa a la cual, en muchas ocasiones, manda recado en cartas a terceros.

Este Goya epistolar nos habla de un ser en constante movimiento. Contemplado en su globalidad, Zaragoza es el primer jalón de un recorrido que se inicia en Fuendetodos pero que muy pronto tendrá paisajes italianos y madrileños. A los 17 años andaba por Madrid intentando, sin éxito, ganar por concurso una pensión en la Academia de San Fernando. No obstante Zaragoza y Aragón son una referencia vital, primero, por sentirlas como patria chica, después, porque aquí estarán una parte de su familia y unos amigos con los que mantiene tantos lazos afectivos como comerciales, movidos por el préstamo y el trueque como fórmulas de transacción. Esas eran las normas. Goya vivió siempre de la mano de este tipo de relaciones, que si en la primera mitad tiene protagonistas a Martín Zapater, Francisco Bayeu o Goicoechea, en la última serán Leandro Fernández de Moratín, o Juan Antonio Melón. El sentimiento y la necesidad se mantienen siempre, sólo cambian los nombres de los destinatarios que le favorecen, en los que se apoya.

Hubiera querido ser dorador, como su padre, pero como no fue el primogénito, tuvo que "conformarse" con ser pintor y buscarse la vida. ¿Qué puede añorar de su terruño un ser que salió con lo puesto y que a los 33 años consigue formar parte del restringido club de los pintores de Cámara del Rey? No serán los carnavales, ni las vestimentas caras, ni los útiles de caza, ni tampoco las corridas de toros. En Madrid ha encontrado y saboreado todo eso. De Zaragoza añora cosas que saben más a niñez que a juventud.

"Para mi casa no necesito de muchos muebles, pues me parece que con una estampa de Nuestra Señora del Pilar, una mesa, cinco sillas, una sartén, una bota y un tiple y asador y canchil todo lo demás es superfluo..."

[A Martín Zapater. Madrid. Julio de 1780].

"...Librame mil reales por si acaso y déjate estar de cuantos que aunque no has sido para enviarme unas turrurrurrónas ni turrurrónas, ni los pasteles de tordellillas, no importa..."

[A Martín Zapater. Madrid. Diciembre de 1782].

"...Mucho te estimo el pellejito y sería de más estimación si fuera aragonés el termino y no castellano, y de todos modos te doy mil gracias por todo..."

[A Martín Zapater. Madrid. Febrero de 1783].

"...Te estimo mucho los turrónes pues si no son de Zaragoza, le parezca a uno que no son tan buenos como los que venden aquí, aunque aquí sean mejores..."

[A Martín Zapater. Madrid. 10 de enero de 1787].

Entre estas cuatro cartas sucedió un hecho que modificaría al menos momentáneamente el vínculo entre Goya y Zaragoza, entre un pintor que deseaba demostrar en su tierra el buen oficio desarrollado ya en la Corte, y una ciudad en la que tampoco se veía con buenos ojos la desenvoltura de un mozo que salió huyendo, según le recuerda a Zapater en carta escrita en el 76.

Las peticiones de ensera del texto de julio del 80 hacen referencia a un inminente viaje. Viene desde Madrid para pintar una cúpula en el Pilar y necesita casa. La pintura se realizó, pero la relación entre el pintor y la Junta de Fábrica del Pilar, con Francisco y Ramón Bayeu de por medio, no fue todo lo armónica que cabía esperar. Las críticas que recibió Goya fueron tan duras; se puso tan en tela de juicio su trabajo en el templo; su orgullo tuvo que someterse a tantos gustos ajenos, que una carta fechada en Madrid el 14 de julio de 1781 terminaba con una frase tan lapidaria como histórica: "en acordarme de Zaragoza y pintura me quedo vivo".

Pero la ruptura será con una Zaragoza representada por cierta oficialidad. Nace una desconfianza, que sólo rompe con los intimos a los que tiene informados, bajo petición de secreto, de cuanto acontece y le acontece en la Corte. El encargo de San Francisco el Grande, compartido con Francisco Bayeu, y una trabajadísima relación con el infante Don Luis, casado con la zaragozana María Teresa Ballabriga, "la infanta", son algunos de los parapeos que coloca para impedir que lo sucedido en Zaragoza tenga influencia negativa en la Corte. Le pide el rencor y quiere devolverle a Bayeu la actuación que éste tuvo en lo acaecido con la Regina Martyrum. Goya consideraba que no se había portado ni como mentor, ni como cuñado, dejándole vendido ante las voluntades últimas de la Junta de Fábrica del Pilar. Las líneas que siguen son bien elocuentes del momento que pasaron sus relaciones con Francisco Bayeu:

"...Lo que le sucedió a Bayeu fue lo siguiente:

Habiendo prestado su cuadro (se refiere al que también le encargaron para San Francisco el Grande) en palacio y haber dicho el Rey "bueno, bueno, bueno", como acostumbra, después lo vio el Príncipe y Infantes, los que dijeron nada ahí a favor de dicho Bayeu, sino en contra pues es público que a estos Señores nada ha gustado.

Llegó a Palacio don Juan de Villanueva su arquitecto y le preguntó el Príncipe, "qué te parece ese cuadro", respondió "Señor bien", "eres un bestia" le dijo el Príncipe, que no tiene ese cuadro claro oscuro ni efecto ninguno y muy menudo ni ningún mérito. Dile a Bayeu que es un bestia".

Esto me lo han contado 6 o 7 profesores y dos amigos de Villanueva..."

[A Martín Zapater. Madrid. 1 de febrero de 1783].

Superado el bache. Los honores, cargos y dineros fueron buen bálsamo. Goya había salido victorioso, aunque no olvide el pasa-

.../...

do ¿Qué le importaban a él los curas de Zaragoza, si el Rey y la nobleza le dispensaban sus favores?

...*"Es cierto que he tenido fortuna para el concepto de inteligentes y para todo el público con el cuadro de San Francisco, pues todos están por mí sin ninguna disputa..."*

[A Martín Zapater. Madrid. 11 de diciembre de 1784].

...*"Bueno era tu cuartito con el chocolate arrosconado, pero sin libertad y no libre de varios insectos con instrumentos mortificadores de garfios y navajas, que una vez al descuido y otra al cuidado lo levantaban a uno la carne y el pelo en alto, y no solamente arañan y pelean, sino que muerden y escupen, pican y atraviesan; de estos se alimentan otros más gordos, que son peores, que para estos no se ha descubierto otro preservativo que la tierra, no porque perdonan a los muertos. Ni enterrados pueden ser inofensivos porque sus crueldades alcanzan hasta los cadáveres: no hay sino saberse poner a distancia a donde no alcanzan sus crueldades. Este contagio es general en todo pueblo donde uno ha nacido, si es chico y hay pocos cuartos..."*

[A Martín Zapater. Madrid. 19 de febrero de 1785].

Las nuevas instituciones que surgieron, al amparo casi siempre de sus valedores y amigos suyos, le ayudan aún más a restañar viejas heridas. Goya "utiliza" a sus amigos zaragozanos. Las instituciones zaragozanas "utilizan" a Goya en Madrid. Así le escribe Juan Antonio Hernández Larrea, turicense, nacido en Villar del Salz, por entonces nuevo Dean del Cabildo de Zaragoza y promotor, junto con Pignatelli, de la Real Sociedad Económica Aragonesa:

...*"Esta Real Sociedad Aragonesa, con el deseo de tener un hábil Profesor que pueda enseñar el grabado en la nueva Real Academia de San Luis...ha determinado enviar a esa Corte a don Mariano Latasa natural de esta ciudad...Se le ha pensionado con dos pesetas diarias por espacio de tres años o el tiempo que fuere necesario...con la obligación de regresar así que obtenga el título de Académico de la de San Fernando, para enseñar después en la de San Luis...le ruega este Real Cuerpo tenga la bondad...de acoger al referido joven bajo su protección, favoreciéndole en su carrera y estando a la vista de sus ocupaciones y aprovechamiento para que efectivamente se verifique y no se vea defraudada la Sociedad del gran celo y amor que tiene acreditado en beneficio de la patria y de nuestro instituto..."*

[De la Real Sociedad Económica Aragonesa a Francisco de Goya. Zaragoza. 27 de septiembre de 1791].

Por diversos motivos, la mayor parte de ellos personales, Goya viaja otra vez con asiduidad a Zaragoza. En el 90 pide un mes de permiso para ausentarse de Madrid.

...*"Habiéndome representado don Francisco Goya, Pintor de Cámara, la necesidad que tiene de pasar a la Ciudad de Zaragoza su Patria a diligencias propias, he venido en concederle un mes de licencia para que pueda practicarlas..."*

[Del Duque de Frias a Francisco Antonio Montes. Madrid. 4 de octubre de 1791].

Si en ocasiones no queda claro qué hizo durante su estancia, en otros el propio pintor lo explicó:

...*"En concluir el que tengo empezado —que representa un corral de locos, y dos que están luchando desnudos con el que los cuida cascándoles, y otros con sacos: (es asunto que he presenciado en Zaragoza)— lo enviare a Vuestra señoría Ilustrísima para que esté completa la obra."*

[A Bernardo de Iriarte. Madrid. 7 de enero de 1794].

Pero va a suceder un acontecimiento que refundirá aún más a Goya con Zaragoza. En "Los Desastres" no sólo contará lo visto en Madrid durante la Guerra de la Independencia, muy especial-

mente el escenario y la lucha del pueblo aragonés será el protagonista de los grabados y de algunos óleos, en parte desaparecidos. Recorrerá Zaragoza y sus alrededores, como la sierra de Tardienta. Para después reflejar en sus trabajos todo el horror visto. Son un alegato, una voz de alarma ante determinadas acciones del género humano. Palafox lo llamó y Goya vino para estar más cerca de sus compatriotas.

En Carta a José Munarriz le comunica que tiene terminado el retrato de Fernando VII. Muestra su disconformidad por que el Rey solo posó "tres cuartos de hora en dos sesiones" y le explica por qué "no se lo lleva personalmente":

...*"a causa de haberme llamado el Excelentísimo Señor Don José Palafox para que vaya esta semana a Zaragoza a ver y examinar las ruinas de aquella ciudad, con el fin de pintar las glorias de aquellos naturales, a lo que no me puedo excusar por interesarme tanto en la gloria de mi Patria."*

[A José Munarriz. Madrid. Dos de octubre de 1808].

Queda claro que antes son Aragón y Palafox que Fernando VII. Seis años más tarde, en carta a la Real Academia de San Fernando, de la que es Director, recuerda cuándo y cómo pintó el retrato del Rey, así como el no haber cobrado los 9 mil reales estipulados ya que con la ocupación de las tropas francesas "hubiera sido inútil e imprudente hacer reclamación alguna de semejante cantidad".

Por estos años, pasada la gabachada, tanto el Teniente Corregidor, como la Comisión de Purificación de empleados de la Real Casa, han de analizar el comportamiento político de Goya, pintor tanto de Wellington como de Godoy. Los Sitios de Zaragoza y la reacción del pintor ante los mismos, tendrán un peso importante en la balanza que habrá de decidir si Goya era o no un afrancesado cabal:

...*"me consta que desde la entrada de los Enemigos en esta capital vivía retirado en su Casa y estudio, ocupándose en obras de pintura y grabado, abandonando la mayor parte de las personas, que antes trataba, no solo a causa de la incomodidad de la privación del oído, sino todavía mucho más por el odio que profesaba a los Enemigos, el cual siendo en el natural, se acrecentó con la invasión, del Reino de Aragón y ruina de Zaragoza su patria: cuyo monumento de horror quiso perpetuar en sus pinturas. Así lejos de solicitar sueldos ni honores del intruso, se separó de los que tenía de Pintor de Cámara y de toda otra gestión..."*

[De Fernando de la Serna a Manuel de Gamboa, Teniente Corregidor. Madrid. 18 de noviembre de 1814].

Entre medio andaban todas las averiguaciones que el Inquisidor Fiscal del Santo Oficio hacía sobre "cinco pinturas obscenas", entre ellas las dos majas, de las que quería saber todo. Goya salió limpio, pero ni su estado de salud, ni su España eran ya las mismas. Goya cada vez era más Goya. Su quebrantada salud, su tiempo eran, como lo intentaron ser siempre, para él y para sus caprichos.

Cuatro años antes, el 1 de febrero de 1811 Goya le había jurado a José I Bonaparte "ser siempre fiel al honor y al Rey" ¿A qué Rey?

Francia le esperaba. Las aguas de Plombières debieron de ser un buen pretexto para todos. Goya a sus 78 años renacia en un nuevo país al conquistar la libertad y el silencio. El Rey se quitaba de en medio a un siervo obstinado con excesivas aristas en su pasado.